

¿Y de quién debía valerse sino de su amigo y compadre, el coronel Miguel López, á quien "el Emperador, dice el príncipe de Salm, confiaba cosas que no debía" [1].

Uno de estos grandes traidores, tal vez el más renombrado, José María Gutiérrez de Estrada, falleció en Europa dos meses antes del fusilamiento de Maximiliano, habiendo dado este sabio consejo, desde 1840, á los políticos mexicanos de la época: "Si esta nación, por su corta edad, se entrega sin parar á continuos desórdenes; si se halla condenada á vivir todavía por mucho tiempo en tan peligrosa *infancia*, es preciso convenir en que se necesita de un tutor ó pedagogo, que armado de competente autoridad y poder, ponga término á semejante estado de cosas, y le haga entrar en el camino de la discreción, del honor y de la virtud (2)."

(1) En la obra *El General Miguel Miramón*, que son sus memorias, se lee en el 2.^o tomo, pág. 141, edición de *El Tiempo*, diario conservador y admirador incondicional del valiente militar imperial:

«Miramón deploraba tener como jefe á un príncipe débil que en la intimidad prestaba oídos á los consejos de un coronel tan ignorante como López, y tener que combatir en un ejército cuyo jefe de estado mayor era Márquez, su enemigo mortal, y verse obligado á luchar una vez más con Méndez, hombre extraordinariamente envidioso, no obstante sus brillantes cualidades militares.»

(2) Carta citada, pág. 72.

MAXIMILIANO

Como entregó la plaza de Querétaro

La Historia es concisa y seca en su enseñanza de la ocupación de Querétaro, no obstante ser ésta un punto capital, cuyos detalles dejarían menos duda en el ánimo sobre la traición de Maximiliano que la duda que deja la lectura del suceso narrado en globo. Dicen los autores de Historia, los que más dicen: que el coronel Miguel López salió del sitio la noche del 14 de mayo y que en la madrugada del 15 entregó la plaza por el punto de la Cruz.

Es, pues, de importancia para la Historia saber en detalle el hecho, referido por las mismas personas que jugaron papel principal en la escena; saber por qué, á qué hora, cómo y por dónde salió López; en qué punto preciso y línea de los republicanos fué á dar; con quién habló primero, qué dijo, cómo se le internó entre la tropa enemiga, cómo habló con el general Mariano Escobedo, qué tiempo duró la entrevista y dónde fué, cómo regresó á la ciudad, qué hizo Escobedo inmediatamente después, á qué hora y cómo

López volvió á salir para entregar la plaza, su encuentro con el general Vélez, el avance de éste, su entrada en la Cruz y sus movimientos y órdenes en el campo imperial.

Nuestra labor es de repórter, pero creemos que es una contribución á la Historia: en ésta los detalles explican los hechos y no el talento, ni la erudición, ni el arte literario del autor.

A los generales Julio M. Cervantes y Francisco A. Vélez se debe este glorioso hecho de armas. Su discreción y valor, á veces rayano en temeridad, que pone empeño en deslucir el partido retrógado, constituyen el punto brillante en su hoja de servicios. Por él son acreedores á la gratitud nacional. El porvenir les hará justicia en el desarrollo de este suceso y no se olvidará que por la República y la patria ofrecieron su vida, la cual llegó á pender á ratos hasta de cualquiera cosa.

Para mas tarde este proposito lo republiques con verdad

Entrevista con el general Julio M. Cervantes

—En el mes de marzo de 1867, no recuerdo si á fines, las primeras posiciones que ocupé, fueron en el Cimatarío. Mandaba entonces el general Régules; miento, el general Corona; pero, antes del famoso 27, nos reti-

raron. Algunos días después, me mandaron poner á las órdenes del general Rocha, que mandaba la 1.^a División del Ejército del Norte. Ocupaba yo, con la Brigada de San Luis, que se componía de los batallones 3.^o, 4.^o y 5.^o del Estado, la margen izquierda del río que divide la ciudad de Querétaro, en lo que se llama La Otra Banda. Mi posición era la Casa de Matanza y el Panteón clausurado de San Miguel, estando siempre dentro este perímetro y parte de lo que se llama Molino de San Antonio. Allí estuvo mi cuartel general. Pocos días después de estar en esta posición, el general Paz, Comandante General de Artillería, fué á revisar los trabajos, tanto en el Panteón como en los demás puntos. Se hizo preciso atrincherar la Casa de Matanza y levantar, entre una pequeña llanura, la Casa de Matanza y San Miguel, una trinchera que pudiera ponernos al abrigo de golpes de mano, construyendo, además, un reducto bajo mi dirección. Una vez que el general Paz me indicó que el general Escobedo había pensado nombrarme Comandante Militar del Estado y que quería saber si estaba yo conforme, contesté que sí: primero, por la distinción honrosa que se me hacía, y segundo porque, como era yo soldado, tenía que obedecer. Y allí recibí el nombramiento de las manos del general Escobedo. Este nom-

bramiento se quemó también entre los papeles de que hablé á usted. Reconocía por origen los antecedentes de conocimiento que ya tenía de la posición de Querétaro, por mi estancia allí; puesto que, tanto en San Juan del Río como en la capital del Estado, había servido y conocía algo de la localidad. Ya con el nombramiento que se me diera, me ocupé en procurar los medios para inquirir lo que pasaba en el interior, á fin de que no nos faltaran noticias, y entonces con mayor amplitud poder desarrollar mis investigaciones y saber cómo se manejaban esos señores y evitar golpes de mano. A ese efecto, pude hacerme de un señor que se llamaba Juan Sánchez, alias *Camote*, y éste, aunque hombre burdo, pero de conciencia, hacía toda clase de sacrificios y daba informes, á veces inexactos, otras verídicos, porque su inteligencia no le ayudaba; además servía para ponernos de acuerdo Licea y yo; pues Licea estaba más interiorizado, porque vivía en el corazón del Imperio y tenía infinidad de amigos (1).

(1) Félix de Salm Salm, encargado por Maximiliano de escribir la historia del sitio de Querétaro, dice en *Mis Memorias sobre Querétaro y Maximiliano*, página 152, traducción de Eduardo Gibbon y Cárdenas:

«Notamos que se hacían contraseñas de las diversas azoteas de la ciudad, y más tarde oímos decir que había or-

—General, ¿qué, este Licea era el médico, que, en compañía de otros, hizo la autopsia de Maximiliano?

—Sí, y era muy bien conocido en Querétaro: no era tonto, había prestado servicios al Imperio y esto le daba ocasión de estar al tanto de todo lo que pasaba, y él me proporcionaba algunas noticias.

—Y, ¿dónde se veían ustedes?

—Celebrábamos nuestras entrevistas en una casa que se conocía con el nombre del Torreón. Juan Sánchez salía y nos encontrábamos en este punto, mediando unos alfalfares. Algunas veces penetraba yo hasta donde él estaba. Otras, intentaba que Licea saliera ó Hilarión Frías y Soto; pero no siempre podía conseguirse, porque el *mieditis* que tenían no les dejaba mucho tiempo para ello. Así adquirimos las noticias más precisas y veníamos resistiendo los golpes que nos preparaban. Cuando se nos indicaba que saldría una columna por lugar determinado, se aglomeraba por allí nuestra tropa y aquella encontrábase con una masa inexpugnable, y con esto fracasaba su intento. Por fin, el día 13 de mayo en la noche hablé con Juan Sánchez y me

ganizado el enemigo en la ciudad un sistema perfecto de espionaje. Había un escondite de estos espías cerca de la Cruz en las casas ocupadas ya por el enemigo. Aún oficiales liberales en traje de paisanos habían estado en la Cruz.»

informó del movimiento que se notaba en la plaza y de que tres columnas saldrían el 15 en la madrugada, que fué cuando ocupamos la plaza referida. Me afirmaba que saldrían tales ó cuales columnas, sin saber naturalmente si su idea era la de la ruptura del sitio, concretándose á estas palabras:—Van á salir, una por el camino de Celaya; la otra por la Cañada, que es la más grande, la más numerosa; y la tercera, por el camino de México. Al tener yo conocimiento de todo esto, daba cuenta inmediatamente al cuartel general, que tomaba sus disposiciones, que yo conocía, y nos organizábamos para recibir el ataque. El día 14, poco antes de las seis de la tarde, más ó menos, se presentó Miguel López, dando la señal de parlamento, con un pañuelo blanco enarbolado en la punta de su espada.

—¿Recuerda usted el punto preciso por donde López salió?

—Debe haber sido esto entre la calle de La Espada y los alfalfares, probablemente cerca de la casita del Torreón; vino atravesando parte de la siembra, por el alfalfar, á venir á tropezar con el puesto avanzado mío.

—¿Y quién era el jefe de la avanzada?

—El subteniente Concepción Soberanes á las órdenes del teniente Olguín.

—López, como usted se ha servido decirme, salió como á las seis de la tarde; ¿de

manera que había bastante luz? ¿Era todavía de día?

—Indudablemente.

—¿Qué le dijo López á Soberanes?

—Que quería hablar con el jefe de la línea; y, faltando éste, con el jefe inmediato. Y fué cuando lo metió hasta mi presencia. Yo estaba en el cuartito, de la esquina del Molino, que me servía de cuartel general. En esos momentos estaba comiendo con los coroneles Carlos Fuero, Juan López, el jefe de mi Estado Mayor Evaristo Dávalos y otros jefes, cuando llegó Soberanes con el hombre este. Le reprendí por tal imprudencia.

—¿Y qué le dijo á usted?

—¿Quién es usted?—le pregunté.—El coronel Miguel López, me contestó, del Regimiento de la Emperatriz. Traigo una misión.—Dígame cuál es.—No puedo decir nada, hasta que no me pongan en presencia del general Escobedo.

Entonces le ordené á Dávalos que fuera á avisarle al general Escobedo, que un jefe de las fuerzas imperiales acababa de salir de la plaza y traía una misión cerca de él; que si se lo mandaba ó lo retenía.

—En ese intervalo, ¿López platicó con usted?

—No recuerdo si atravesamos algunas palabras.

—¿Vestía uniforme?

—Sí; su traje de militar.

—¿Se le notaba inquietud? ¿Tenía miedo?

—No, nada: estaba tan tranquilo que ni le conmovió siquiera el recibimiento duro y cruel que le hice: no le ofrecí una silla, ni qué comer. Obraba yo con la grosería propia, con el encono que había entre un partido y otro. No se inmutó por nada de eso.

Llegó por fin mi comisionado y me dijo que la orden del general era, que retuviera yo á ese hombre hasta que viniera. A poco llegó á caballo con un ordenanza, se apeó y me dijo:—¿Quién es ese jefe?—Dice que es el coronel Miguel López, jefe del Regimiento de la Emperatriz.

Entonces salió López y saludó con mucho respeto al general Escobedo; se quitó el kepi. Esto sería como á las seis de la tarde.—¿Qué desca usted?, preguntó el general Escobedo á López.—Deseo hablar reservadamente con usted, contestó López. Y se metieron en el cuartito y nosotros nos retiramos á cierta distancia.

—¿Qué tiempo hablarían?

—Como un cuarto de hora.

Una vez que hablaron y salieron del cuartito, López le daba la mano al general Esco-

bedo, pero se la rehusó, diciendo:—Acompañen á este hombre; que lo saquen de la línea con las formalidades necesarias, sin causarle algún mal (1).

Se le vendaron los ojos á López, para volver á la ciudad; mas la parte visible, donde estaba el reducto, ya había tenido oportunidad de observarla á su entrada; de manera

(1) Sabemos por un altísimo personaje que López salió de las filas republicanas acompañado del general Julio M. Cervantes, quien recibió esta orden del general Escobedo:

—Vaya usted con ese hombre á ver si es cierta la misión que trae.

El general Cervantes, en compañía de López, entró en el sitio por una puerta de la Cruz y penetró en el Convento, donde subió al piso alto, en que habitaba Maximiliano. Cuando llegaron á las habitaciones de éste, López dijo al general Cervantes que esperara un momento.

—¿Y si me reconocen?—preguntó el general Cervantes.

—No tenga usted cuidado—dijo López.

El general Cervantes iba vestido de militar y su traje fácilmente podía confundirse con el de muchos jefes imperiales.

Transcurrido un instante, apareció López con el Emperador, quien, después de escuchar á López que le decía algo al oído, habló así, con voz natural, dirigiéndose al general Cervantes:

—Perfectamente autorizado, perfectamente autorizado.

Había ya obscurecido cuando el general Cervantes volvió á su punto.

Al general Cervantes, invocándole su honor, le hemos preguntado acerca de este suceso, de verdadera importancia para la Historia, y ha guardado silencio, pero sin negarlo.

que hasta salió sobrando esta precaución. En seguida me dijo el general Escobedo:—Esté usted prevenido y listo para cualquiera circunstancia que pueda sobrevenir. Ya le mandaré órdenes.

—General, cuando usted sacó á López fuera de su línea, ¿hablaron algo?

—Hablamos unas cuantas palabras.

—¿No le dijo á usted si la situación del ejército imperial era muy seria? ¿Si se habían acabado sus elementos de defensa? ¿Si había perdido la moral?

—No.

—¿Le habló algo del Emperador?

—No.

—¿Guardó secreto acerca de lo que habló con el general Escobedo?

—Indudablemente, porque hubiera sido tanto como confesar á lo que iba y él se negó á decírmelo desde un principio.

Siguiendo nuestro relato, manifestaré á usted, que después de este suceso, me puse á reconcentrar mis tropas, para ponerlas en disposición de marchar. Inmediatamente, entre otras disposiciones, se dió la de que si se oían unos tiros, se dispararan cañonazos sobre el Cerro de las Campanas y las Cruces, para proteger, por lo que pudiera suceder. Sin haber oído muy bien, al día siguiente, temprano, dispuse que se tiraran algunos ca-

ñonazos y recibí luego la orden de marchar hacia el Cerro de las Campanas. Y así se verificó. Cuando llegué, Maximiliano había entregado su espada á Escobedo; Vélez, entrado en la Cruz; y las tropas, penetrado en el centro de la plaza. Después se procedió al cateo.

—Hay un hecho muy importante que debe usted conocer: la salida de Miramón para conferenciar con el general Sóstenes Rocha.

—No conozco los preliminares que hubo para ponerse de acuerdo Miramón y Rocha; pero sí sé que en el puente cercano á La Otra Banda fué donde se verificó la conferencia, á la que estuvimos presentes Montesinos y yo.

—¿Fué de noche?

—Fué por la tarde, en pleno caserío. Mutuamente se hicieron proposiciones:—Vente con nosotros, decía Rocha á Miramón.—Venga usted á nuestro partido y, entre nosotros, todos ustedes y los del Colegio encontrarán amigos y compañeros, decía Miramón á Rocha, á quien trataba con respeto y consideración.

—General, ¿usted había sido también discípulo de Miramón?

—Sí, señor.

—¿De quién partió la iniciativa para la entrevista?

—Creo que fué motivada por Rocha y autorizada por el general Escobedo. Sucedia frecuentemente esto: que siempre que Miramón ó Rocha estaban en algún punto, donde había tropas del ejército del Norte, no era atacado éste: era respetado. Pero volviendo á la conferencia, diré á usted, que no tuvo resultado de ninguna especie: en nada quedaron. —Véngase usted con nosotros, con el Imperio, repetía Miramón á Rocha. —Pásate á nuestro partido; no es posible que pueda triunfar en nuestro país el Imperio: lo rechaza el mayor número de gentes, no hay simpatías para él, contestaba á su vez Rocha. Y la despedida fué un abrazo; sin pronosticar qué era lo que iba á suceder.

—¿Algún otro jefe de los imperiales llegó á salir de la plaza y hablar con alguno de ustedes?

—Excepto Miramón y López, al menos que yo sepa, ningún otro.

--Y usted, ¿volvió á ver á Miramón?

—Tomada la plaza y dada la orden de que nadie penetrara en ella, yo, con el carácter de Comandante Militar, me encargué de la dirección de todo: mandé capturar á los jefes y oficiales que faltaban y hacer el cateo de algunas casas; en fin, lo que en estos casos se necesita hacer. No había del Colegio sino algunos. El general Escobedo se había que-

dado fuera y mandado que llevaran á Maximiliano á la Cruz, y á algunos otros jefes. Yo mandé hacer la requisición de todos estos caballeros. Antes me dieron aviso de que en la casa del doctor Licea había algunos prófugos, con unas mulas de que los imperiales se servían. Monté á caballo y encontré allí á un centinela y el cabo de un batallón, apostados; les pregunté qué hacían y me contestaron: —Señor, estamos al cuidado de estos imperialistas que mataron unas mulas para comer. El doctor Licea, á quien no había visto, salió á saludarme y después de su saludo cariñoso me dijo:—Aquí tiene usted una reunión de amigos.—Veré qué reunión es esa, le contesté. Había algunos jefes y oficiales. Entré en la sala, y salió la hermana de Licea á saludarme, diciéndome:—Pase usted. Me encontré á Escobar y otros, todos en el mayor desórden, algunos con los bigotes recortados: como unos cincuenta ó sesenta imperiales. Se me acercó el ayudante Segura, hablándome de esta manera:—Dicen que por aquí anda Miramón.—Si ustedes lo tienen, hice observar á la señorita, ocúltenlo bajo tres sitios de tierra.—No está aquí, ni ha venido, ni lo conocemos, dijo ella.—Bueno: si lo quieren salvar, ocúltenlo de una manera que no podamos dar con él. Esto lo estaba yo diciendo precisamente en la misma pieza donde se

encontraba Miramón. Luego dije al coronel Refugio González:—¿Ya había usted dado cuenta de este encierro que tiene aquí? Se quedaron Miramón y algunos otros, monté á caballo y me fuí. Estando en la casa de un señor Marroquín, adicto al Imperio, tomando chocolate, recibí una carta de Miramón en que me decía: "He sido descubierto; estoy herido. Te empeño mi palabra de no fugarme." Esa carta la mandé al general Escobedo, que me la devolvió en seguida, con esta nota de su puño y letra al margen: "Queda prisionero bajo la responsabilidad del coronel Cervantes."

Entonces regresé á la casa de Licea y hablé á Miramón:—Pero hombre, ¿qué pasó? Siempre se te había dicho el resultado.—Nada, contestó, con . . . y muchachos ni á bañarse. . . . y con traidores, menos. Y dejándole un centinela, le manifesté:—Hago esto, no porque te vayas á fugar, nó; sino porque pudiera venir gente de poca consideración; hago esto, para que te evites disgustos. No seguí hablándole, porque era una imprudencia; ese hombre estaba tan tremendamente excitado, que hubiera sido una crueldad. En la casa de Marroquín, al hacerse algunas preguntas sobre Miramón, había yo dicho:—Si ustedes quieren ayudar de algún modo á Miramón, si tienen este desco, está

en la casa de Licea. Así dije por si pretendían mandarle auxilios de algún género.

Al día siguiente recibí orden de Escobedo para pasar á otra parte á Miramón.—Hay orden de que se te pase á Capuchinas, orden á la que no puedo oponerme en manera alguna, le dije; así es que mandaré que te lleven con toda clase de consideraciones.

En la celda que ocupó Miramón en Capuchinas, se le puso la misma cama que usaba en casa del doctor Licea, y siguieron curándole los mismos médicos, hasta que se restableció. Ya no volví á verle, sino el día del consejo de guerra, que se verificó en el Teatro Iturbide.

El Emperador no concurrió; lo mismo Mejía, que se encontraba enfermo. Miramón fué el único. Estaba en el pórtico en un asiento, echado para atrás, entre una valla de soldados. Entré á saludarle.—Hombre, dile al orejón, me dijo, que qué placer tiene en estarnos atormentando; ¿para qué consejos de guerra y todas estas tonterías? Más valía que de una vez nos mataran y que se acabara así este mitote.—No creo que te fusilen, le advertí.—Si no nos fusilaran, serían muy. . . ¡Ay de ustedes si no nos fusilan!

—General, ¿de manera que á Miramón no se le notaba sobresalto, ni menos miedo?

—Tenía su sangre entera; puede que yo

esté en estos momentos más excitado, al relatar esto, que él en aquellos instantes.— Hombre, le dije, no creo esto, porque me parece que ustedes no volverán á las andadas, ni tampoco nosotros.—No volveremos, habló, porque nos han de matar.—¿No se te ofrece nada? ¿no quieres alguna cosa?—No.

Nos despedimos y no le volví á ver más, ni el día del fusilamiento.

—¿A Maximiliano lo vió usted antes del consejo de guerra?

—Uno de tantos días, no me acuerdo cuál (yo no participaba del deseo de conocerle, porque me repugnaba el hombre, su pasado de sangre y de iniquidades con nosotros), un día de tantos, al preguntarle al médico Rivadeneira cómo seguía Miramón, me dijo:—Y al tudescó, ¿no quiere vd. verlo?—No tengo curiosidad. Sin embargo, arrastrado por Rivadeneira, pasé á donde se encontraba. Estaba recostado en un catre de metal. Después de que habló con el doctor Basch, se dirigió á mí con mucha urbanidad. El médico de nosotros le dijo:—Voy á presentar á usted, Sire, al General de la plaza. Y yo, con esa vulgaridad, le di la mano; y él me la dió á su vez, quiso que no. Me encontré con una mirada muy dulce; era hombre muy educado. Se incorporó un poco y me habló así:—Me llama mucho la atención en México, y muy

particularmente en las tropas liberales, la juventud de la mayor parte de sus principales jefes. ¿Cuántos años tiene usted?—Tengo veintisiete años, le respondí.—Pues me parece poca edad para un puesto tan importante, como el que está á su cargo; un puesto tan difícil no concuerda con su juventud.—Señor, hay que tener en cuenta las continuas reyertas de la Nación, que ha estado en continua lucha para conquistar su autonomía; y ha tenido, por lo mismo, que hacerse de hombres que le hacían falta.—Eso no se ve en Europa. ¿Qué grado tiene usted?—Soy coronel.—En mi país apenas sería usted capitán.—Sire, dijo uno de los que allí estaban, no habíamos dado á usted de intento una noticia cruel; pero hay necesidad de que Su Majestad la sepa.

Y con esa misma dulzura atendió lo que se le manifestaba. Era en efecto un hombre insinuante y peligroso por su fineza y su buena educación, y con modales exquisitos y manera amable.—¿Qué teneis que decirme? preguntó.—Pues, Sire, . . . dijo el otro, haciendo muy bien un papel cómico, rodándosele las lágrimas.—Bien, bien, ¿qué pasa?—Su Majestad.....la Emperatriz, ha muerto.

Se comprendió el esfuerzo tremendo que el Emperador hizo. Luego prorrumpió: ¡Dios

me ha protegido! Era lo único que me ligaba á la tierra ¡ya puedo morir!

Y dirigiéndose á mi, como si nada se le hubiese dicho, continuó: —Decía yo á usted que en Europa es imposible ver militares ocupando la clase de puestos que usted desempeña á la edad que cuenta.

—General, ¿así le habló después de recibir tan tremenda noticia?

—Sí, señor, así: con toda esa energía, con esa serenidad estoica: Era lo único que me ataba á la tierra. ¡Puedo morir á la hora que gusten!

Yo me conmoví. Se lo dijeron para tranquilizarle; fué la idea de ellos, que no se fuera al otro lado con el pensamiento de que dejaba á Carlota. Después me despedí de él y se levantó con mucha atención. No lo volví á ver, ni concurrí á su ejecución.

—¿Podría usted decirme algo acerca de la conducta observada por el doctor Licea, después de la ejecución?

—Antes deseo referir á usted un incidente, del que me acuerdo en estos momentos. Terminado el consejo, lo sentenciaron á muerte, y entonces intervino la princesa Salm Salm á fin de conseguir que Maximiliano se fugara. Hubo un pasaje entre ella y el coronel Miguel Palacios, que probablemente no habrá llegado á conocimiento de usted. Uno

de tantos días que la princesa de Salm estuvo á demandar gracia á Escobedo, se hizo acompañar de Palacios. — Coronel, hágame usted favor de acompañarme; no hay más que una cuadra, dijo la princesa. Llegaron á la puerta del Hotel de Diligencias. Ya había pasado lo del giro. — Acompañeme usted á mi cuarto, habló la princesa en las puertas del Hotel. Al llegar al cuarto, prorrumpió Palacios: —Hasta aquí, señora. — Voy á pasar, habló ella. Y sacando una llave, hizo que entrara el Coronel, y apenas lo había hecho, cerró violentamente y echó llave. — ¿Para qué cierra usted, señora? preguntó Palacios. — Quiero, dijo la princesa, que hablemos por última vez: ¿no es bastante el dinero que se le ofrece á usted para que salve á Maximiliano?

Era una suma fabulosa, al menos en aquellos tiempos.

—¿Cómo qué cantidad sería?

—Unos cien mil pesos. El coronel Palacios respondió á la princesa: — Yo, señora, soy soldado y necesito cumplir con mis deberes. — Con cien mil pesos en Europa, ¿qué necesita usted? arguyó la princesa. — Tal vez nada; pero no puedo, ni debo obsequiar sus indicaciones. — ¿No le basta usted el dinero?

Hubo una pausa y luego prorrumpió la princesa: — ¡Pues, coronel . . . aquí estoy yo!

Esto decía la princesa muy nerviosa, qui-

tándose violentamente el traje. Era notable como hermosura, y hábil también. Palacios le manifestó:—Señora, me pone usted en una posición difícilísima; sin embargo, no puedo acceder, y aun cuando quede en ridículo, como hombre, si no abre usted la puerta, salgo al balcón y doy voces.—Es usted un mal caballero, exclamó indignada ella; es usted un hombre indigno

Y dijo otras frases de enojo, de despecho; en fin lo que sucede en estos difíciles casos. Los primeros que supimos este incidente, fuimos Escobedo y yo. Palacios salió del Hotel de Diligencias y ella se quedó enojadísima (1). Ricardo Villanueva, que era ayudante de Escobedo, sabía muy bien toda esta escena; pues conocía el francés y el inglés.

—Y volviendo, general, á lo del doctor Licea, ¿recuerda usted algo?

—Ejecutado Maximiliano, se recogió el cadáver, colocándole en un ataúd y se le llevó á la iglesia de las Capuchinas, para ser embalsamado. Para esto se comisionaron á Rivadeneira, jefe del cuerpo médico del Ejército, á Licea y otros médicos. Los embalsamamientos en aquella época no eran tan perfectos como ahora. Había necesidad de la ex-

(1) Lo anterior fué transmitido de viva voz por Palacios al general Escobedo y al general Cervantes, que en ese momento se encontraba en el cuartel general.

tracción de las entrañas, de lo que se encargó Licea, teniendo muy buen cuidado de guardarlas, así como todo lo demás que importaba algún mérito en lo de adelante. Comenzó por vender parte de la barba de Maximiliano. Hacía también degradantes especulaciones, humedeciendo pañuelos de las personas que iban á tributar sus últimas demostraciones de respeto y admiración al Emperador, mediante una ó dos onzas de oro. Empapaba los pañuelos con sangre y á nadie le regalaba nada. ¡Conducta verdaderamente reprochable! El comercio á que me refiero, duró no sé cuántos días; pero Licea siguió esta clase de tráfico ya no con la sangre, sino con las barbas del Emperador. Y cuando éstas se habían acabado, entonces especuló en mayor escala, aunque más groseramente: quitaba las cerdas á un caballo alazán que tenía, vendiéndolas á peso, á peseta, á como caía el postor. La ropa con que fué ejecutado, el anillo nupcial: todo lo recogió. El coronel Doria, me parece, se quedó con algo, que entregó después al Ministerio de Relaciones. No sé por qué conducto, pero el caso es que el señor Lerdo supo todo esto y entonces me puso una comunicación, ordenándome que indagara este asunto, que procurase quitar esas cosas y que recogiera todo y lo mandara á Relaciones, porque en verdad este era

un acto asqueroso. Remité hasta la mascarilla de Maximiliano, la que procuré fuera bien empacada, con objeto de que no pudiera destrozarse. Con excepción del anillo nupcial, mandé camiseta, calzoncillos, botas; todo á Relaciones.

—¿Recogió usted algunos documentos?

—Licea tuvo muy buen cuidado de guardarlos.

—¿De Miramón recogió usted alguna cosa?

—De Miramón también se recojió algo y se mandó todo. Después me entregaron el cadáver del Emperador, encajonado, para que estuviera á disposición del gobierno. Lo tenía yo en un entresuelo del palacio del Estado; y fué tan mal embalsamado que al poco tiempo comenzó á descomponerse, á tal grado que la cara se llenó poco á poco de sustancias verdosas é iba desfigurándose el hombre. Allí lo iba á ver todo el que quería, hasta que ordenó el Gobierno que se mandara; y que fué traído en un carro por una persona que tenía una partida con mulas. El dueño se oponía; pero, después de vencer algunas dificultades, se consiguió que accediera. Y esto se hizo, porque había su excitación en Querétaro, población demasiado fanática.

—Y con Licea, ¿qué pasó?

—Se le procesó, y creo que fué castigado.

—Y al coronel Miguel López, ¿le volvió usted á ver?

—No recuerdo bien que día; pero del dieciseis al veinte de mayo le di su pasaporte.

—¿Y á Yablonsky?

—A los dos se les dió su pasaporte.

—General, ¿recuerda usted algún otro incidente curioso, como el de Palacios, que me ha referido?

—Tengo recuerdos de otro incidente demasiado curioso. Uno de tantos días del mes de abril, en esa trinchera de que le he hablado á usted, que atravesaba desde la Casa de Matanza al panteón, habia varios centinelas, y una tarde tocaba la música del batallón los Cangrejos, en son de burla al enemigo. Se enojaron los de la Cruz y empezaron á disparar algunas granadas sobre nosotros. Una de tantas cayó de tal manera, como á dos ó tres pasos del centinela Damián Carmona, que, al reventar, uno de los cascos le hizo pedazos el fusil. Carmona, sin moverse de su punto, impasible, gritó, permaneciendo de pie como si nada hubiera acontecido:—Cabo cuarto, estoy desarmado.

Yo me encontraba en el Panteoncito y el comandante fué á darme parte: Ha caído una granada, ha reventado y hecho pedazos el fusil de un centinela, quien, sin abandonar su puesto, gritó: "Cabo cuarto, estoy desarma-

do." Y se le ha dado otro fusil, y continúa en su guardia.

Se dió cuenta del suceso al Cuartel General, que ordenó el ascenso de Carmona á cabo, luego á sargento segundo y en seguida á sargento primero. Don Juan (1), gobernador de San Luis Potosí, hizo con este motivo gran alharaca: abrió una gran subscripción de dinero entre los vecinos prominentes, compró una corona y se le compusieron versos al soldado. Más tarde se dió orden de que formaran todas las tropas y que se entregara á Carmona todo aquello, haciéndole demostraciones de afecto y reconocimiento por su valor, y se le coronó por añadidura. El señor Presidente mandó que se le diera absoluta libertad y se le regalara una regular cantidad de dinero, pero con la condición de que comprara una casa en San Miguel Mixquitic, que era su pueblo, para que se retirara del servicio. En presencia de cuatro mil ó cinco mil hombres, se le ovacionó materialmente.

En la plaza se levantó un templete, formaron todas las tropas y desfilaron ante Carmona, llevándose á efecto la entrega de los objetos y lo demás de que he hablado á usted. Carmona era un indio de un valor enteramente estoico.

[1] Don Juan Bustamante.

—Señor general, ¿volvió usted á ver después á Carmona?

—Ultimamente, estando en San Luis, tuve oportunidad de verle: vivía en San Miguel, rodeado de muchos hijos, en la casa que le mandó comprar el señor Juárez.

Deseo recordar un hecho muy meritorio, que no sé por qué ha olvidado la Historia, señor Pola,—habló el general Cervantes para terminar;—un hecho muy digno de recordación, y es que, cuando carecíamos más de parque, cuando cualquiera salida del enemigo hubiese bastado para destrozarnos, el coronel Agustín Lozano, entonces ayudante del general Escobedo, vino de Querétaro á México, al cuartel del general Díaz, por parque. Salió con un puñado de soldados, atravesó una línea extensa peligrosísima del enemigo, haciendo jornadas sobrehumanas y jugando el todo por el todo. Cumplió muy bien su comisión; pero cuando regresó, arrojaba sangre.

Y nosotros agregamos también para terminar, que el sitio y la ocupación de Querétaro resaltan más en mérito, si se tiene en cuenta que el ejército republicano que podía hacer frente al imperial, era en número casi la mitad de éste; la demás tropa sitiadora era gente indisciplinada, mal armada y sin municiones, la cual gente á la menor embestida

del enemigo daba luego las espaldas, y en grado tal, que cierta vez un grueso de ella no paró sino hasta Celaya. Pero tenía una virtud: hacía bulto ante el peligro, muchas veces sin pan y sin pegar los ojos, por solo amor á la patria y el deber de defender á la República, cuya alma era Juárez.

Entrevista con el general Francisco Vélez

El 14 de Mayo, á las ocho de la noche, el general Mariano Escobedo se presentó en los baños de Paté al general Francisco Vélez.

—¿Conoce usted á Miguel López?—preguntó Escobedo á Vélez.

—Sí, señor; le conozco—contestó Vélez.

—¿Qué fe puede usted tener de este hombre?

—Ninguna, señor.

—Y de los de adentro, ¿á cuál le merece usted confianza?

—Ninguno, señor.

—¿Por qué?

—Sencillamente por ser enemigo y estar al frente de nosotros.

—Pues López me ha venido á ver, de parte de Maximiliano, para la ocupación de la Cruz, y usted es el designado por mí para el mando de esta operación, para lo cual le

doy dos batallones, que son Supremos Poderes y Nuevo León. A las cuatro de la mañana ha de venir López, para conducir á usted con estas tropas. Sitúese en la línea de Arce, que está frente á la Cruz, y allí espere á López; y en lo demás usted sabrá cómo se arregla este negocio.

—Todo se hará como usted me indica y espero que quedará complacido, siempre que esto no envuelva alguna traición por parte de los imperialistas; pero, permítame usted que le haga alguna observación.

—Diga usted.

—¿Por qué, señor, se ha fijado usted en mí, cuando tiene usted sesenta generales de más confianza por ser liberales probados, mientras que yo soy nuevo en este partido?

—¿Tiene usted miedo?

—Sí, señor, lo tengo; pero un miedo distinto del que usted cree.

—¿Cuál es?

—Que si esta operación fracasa, por cualquier motivo, ó por ser una celada, que hábilmente nos pone el enemigo, todos dirán que yo fui á entregar la situación, por ser los imperialistas amigos míos de ayer, y usted reportará el epíteto de tonto por haberme escogido á mí, sabiendo esto. La idea de perecer en la demanda, nada me hace; si el que mis hijos reporten el anatema de traidores.

—Pues usted va.

—Pues iré.

Un jefe liberal, que tuvo noticia de la comisión tan delicadísima que iba á desempeñar el general Vélez, hizo ver á éste que corría inmenso peligro su vida, porque quizás era una celada del enemigo, para apoderarse de él, á su presentación en el punto.

—Tengo que cumplir la orden que se me ha dado—manifestó el general Vélez—aunque me maten; de lo contrario, aquí me matarían también por insubordinado. (1)

A las cuatro de la mañana, prevenida la tropa que debía marchar á las órdenes de Vélez, aparecieron en la dirección de la Cruz, entre la semiobscuridad, dos bultos que avanzaban hacia Paté. Eran el coronel López y el teniente coronel Antonio Yablonsky. Vélez tomó del brazo á López, que iba muy borracho, y comenzó el avance casi de puntillas, sin hacer el menor ruido y procurando no hablar, sino muy á media voz, cuando era en absoluto necesario. Descendieron la pendiente que da al lecho del río y luego ascendieron para alcanzar el punto que debía ser entregado. Vélez iba á la cabeza con López, recomendando á cada paso guardar el mayor silencio para que no se perdiera todo. La misión que iba á cumplir era cuestión de vida ó de muerte para el Imperio. Vélez se posesionó

por completo de su importante papel: daba un paso y se volvía á los suyos para reiterarles silencio y que se avanzara con el cuerpo inclinado, y el arma casi en tierra, para que no se percibieran los bultos por el enemigo. A punto de llegar á la brecha, donde debía entrar Vélez, había un montón de tierra derrumbada del fuerte, difícil de salvar. Vélez lo hizo casi á gatas, asiéndose de aquí y de allá, al tanteo, hasta que llegó á la brecha, en la que tropezó con el centinela, que vestía sarape rojo y sombrero de petate. Dormía de pié con el arma al brazo, reclinado contra el muro. A sus piés había otros soldados, vestidos lo mismo, que dormían también. Vélez asió fuerte del cuello al centinela y despertándole, díjole que si hablaba una palabra, le mataría en el acto. En este supremo momento estaba adentro sólo con López. En seguida empezó á darles la mano, uno por uno, á los jefes y oficiales republicanos, y aún á los soldados para que subieran y entraran en el boquete, tornando á repetirles que guardaran silencio, que obrasen con prudencia, porque si no todo se perdería, siendo ellos las primeras víctimas. Cuando todos estuvieron adentro, Vélez mandó la primera noticia á Escobedo, y Yablonsky, luego de escuchar en secreto algo de López, desapareció como por escotillón.

de Bolívar
(1) según por desobediencia militar

—Vamos adelante—dijo López á Vélez.

—No, no vamos adelante—contestó Vélez.

—Antes de ir adelante me releva usted todos los puntos imperiales, que están á retaguardia, con tropas mías.

—No hay necesidad.

—No le pregunto á usted si hay necesidad ó no. Que me releve usted los puntos.

—Le repito á usted que no hay necesidad.

—Basta de observaciones—exclamó ya incómodo Vélez;—haga usted lo que se le manda.

—Es que yo mando aquí—contestó con énfasis López.

Todos los que estaban con el general Vélez se le acercaron, y abrazándole, decíanle suplicantes á media voz:

—Pancho, Panchito: ¡estamos perdidos!

Se desprendió de ellos y habló en voz más alta:

—El que no esté á gusto puede largarse inmediatamente. El camino está expedito.

Y sin acabar de decir esto, metió su pistola por la cara á López, y asiéndole del traje, por el pecho, dióle un fuerte golpe en la frente con el cañón, y prorrumpió:

—Mandaría usted ayer . . . Lo que es ahora yo mando.

—No, mi general—dijo López—usted manda. Fué una equivocación.

Relevados los puestos, desde ese momento el general Vélez avanzó con más desconfianza.

Al entrar en la huerta, Vélez despachó á otro ayudante para participar al general Escobedo el lugar en que se encontraban.

—Dígale usted—habló Vélez—que Querétaro es ya nuestro.

—¿Por qué?—exclamó el ayudante.

—Porque tenemos ocupado el punto principal.

Los soldados imperiales iban siendo desarmados, apartados de sus puntos y conducidos á un lugar bajo la custodia de centinelas de vista.

Los ayudantes de Escobedo partían de prisa á cada avance principal, para ponerle al tanto.

Al llegar al convento, el general Vélez y López subieron. Recorriendo los corredores altos, vieron una habitación, por cuyas puertas, apenas abiertas, salía una ráfaga de luz débil. López tentó á Vélez:

—Asómese usted.

Apenas Vélez hubo asomádose, López satisfecho le preguntó:

—¿Qué ve usted?

Vélez contestó:

—Veo á Maximiliano.

El Emperador peinábase la barba frente á un espejo de tocador y vestía un sobretodo

de color de haba. El y las tres ó cuatro personas que le hacían compañía, entre ellas el general Agustín Pradillo, daban las espaldas.

Volvieron á la huerta, ya en disposición de ocupar las alturas.

—¿Qué ya sabe todo esto el Emperador? —preguntó Vélez á López.

—Desde hace rato está enterado de todo y hasta sabe que estamos aquí—contestó López.

—Pero, ¿cómo?—tornó á preguntar Vélez, no explicándose como podía saberlo el Emperador, cuando López no se le había sorprendido un momento para nada.

—Se lo mandé decir con Yablonsky, desde que entramos en la brecha.

Vélez continuó expidiendo con diligencia disposiciones para asegurar bien la Cruz. Una de ellas fué que Margain marchase violentamente á San Francisco y que, al poseionarse de las alturas, echase á vuelo las campanas. Al rato sonaron éstas y empezó á oirse un rumor que iba en creciente, y voces, y carreras, y gritos, y disparos; era que uno y otro ejército habían dádose cuenta de la situación.

Entonces se destacó en la huerta, enteramente sola, la imponente y noble figura del general Escobedo. Avanzó hacia Vélez, y dióle un fuerte abrazo hasta levantarle.

A la vez, por el lado opuesto, aparecía el general Paz, que caminaba con paso indeciso, como dudando de si Vélez sería de los suyos ó del enemigo. Respiró, luego que Vélez le gritó:

—Corra usted y voltee esa batería para la plaza.

El primer jefe imperial que se presentó en la Cruz á ver qué acontecía, fué el general de brigada Manuel M. de Escobar, que tropezó con Vélez á la entrada del Convento.

—¡Panchito! ¿qué, tú eres? ¿qué haces? ¿qué, eres nuestro prisionero?

—No, general, contestóle Vélez. Usted lo es mío. Pase usted.

Escobar, sin explicarse aquello, pasó al lugar en que los imperiales iban siendo recogidos y asegurados.

Cuando había amanecido, apareció el Emperador con su séquito, entre el cual figuraba López. Bajaban de sus habitaciones del convento y se encaminaban al cerro de las Campanas. El Emperador divisó á Vélez y le saludó quitándose el sombrero con esa elegancia y majestad que le eran muy peculiares.

Y Vélez dijo en voz alta:

—Señor López, en seguida se me presenta usted.

López hizo un ademán de asentimiento y

prosiguió largo trecho en compañía del Emperador, hasta el hotel del Aguila Roja.

Cuando todo había terminado, Vélez recibió un recado del general Miguel Miramón para que pasase á verle á la casa del doctor Vicente Licea.

—Hermano, ¿cómo te va?—fué el saludo de Vélez al entrar en el cuarto donde estaba en cama Miramón.

—¡Me has . . . ! ¿No? Ya ves: aquí me tienes herido, dijo Miramón.

—No; tu destino. ¿En qué puedo servirte? Ordena.

—Como es seguro que me fusilen, te recomiendo á mis hijos. ¡Siento mucho morir en estas circunstancias!

—¡Ya ves como todavía sirvo para algo!

Y dijo esto Vélez, porque cuando se apartó del partido conservador para engrosar las filas del liberal, Miramón, Arellano y otros jefes dijeron que hacían de cuenta que con Vélez no perdían á nadie, porque ya no servía para nada.

Vélez habló á Escobedo:

—En cambio de lo que he hecho, suplico á usted conceda la vida á Miramón. Se lo pido en recompensa de mis servicios, si algunos he hecho.

Escobedo contestó:

—No pende de mí el perdón, sino del Su-

premo Gobierno. Diríjase usted al señor Juárez.

Bien se sabe que Juárez fué inflexible para el castigo de Maximiliano, Miramón y Mejía.

La frase "ahora ó nunca" es una solemne mentira. Tras la energía del Benemérito no se vió entonces sombra de sugestión. Debióse el ajusticiamiento de estos tres hombres á que personificaban el Imperio, y Juárez quería el anonadamiento del Imperio.

Ese mismo día de la victoria, de paso Vélez por el departamento donde estaban presos el Emperador, Castillo, Salm Salm y otros jefes, aquél preguntóle:

—General, ¿sabe usted qué ha pasado con Miramón?

—Está herido en un carrillo,—contestó Vélez.

—¿Qué, pudiera usted decirnos si también él nos traicionaria?

—Usted es quien mejor debe saberlo.

El Emperador se puso rojo de vergüenza y guardó silencio oprobioso, viniendo á tierra toda su majestad.

México, Octubre 30 de 1903.

ANGEL POLA.